



—MAZHAR ALSHEREIDAH

## ¿QUE HACER CON LOS DESERTORES?

Comúnmente se acepta sin gran discusión la idea de que lo que ocurre en un país determinado es asunto interno de ese país y que integrarse demasiado en el mismo, equivaldría a inmiscuirse en asuntos internos, lo cual representa un ejercicio censurable. Siguiendo esa ética, se confecciona toda una política y se actúa a nivel internacional de una manera que solo los hechos son capaces de demostrar cuan errada era la suposición de partida.

Al acercarse el año de 1976 a su final, la Venezuela política (el país político) entera estuvo pendiente de la Conferencia de la OPEP que se aproximaba. Con moderación o sin ella, todos esperaban y deseaban un resultado en especial: que aumentaran los precios. Aunque con diferentes propósitos, la coincidencia era casi absoluta; culminar exitosamente la administración, satisfacer las aspiraciones del V Plan, corresponder a las exigencias del presupuesto ordinario. No faltaban quienes anhelaban un incremento en sus utilidades; otros esperaban mayores ingresos individuales para enfrentar el creciente encarecimiento del costo de la vida; y algunos deseaban el aumento en los precios del petróleo pensando que de ese modo la revolución estaría más cerca por cuanto habría una mayor lucha de clases al concentrarse la riqueza adicional en una fracción minúscula de la sociedad. En resumen, la OPEP se veía reducida a un organismo externo capaz de producir beneficios financieros que la gestión interna no puede generar.

Puede apreciarse el peligro que dicha visión encierra. Deseables como son naturalmente los mayores precios del petróleo para los países miembros de la OPEP, los mismos reflejan una realidad más política que económica. Cada país miembro contribuye a la conformación de ese cuadro político y comparte por lo

tanto la responsabilidad de los éxitos y fracasos de la Organización conforme a su propia actuación.

Absurdo e increíble como pareciera a primera vista, la mayoría dentro de la OPEP no se enfrenta ahora a las transnacionales, como solía ser la situación entre 1960 y 1973, sino que es actualmente Arabia Saudita la que se ha empeñado en jugar el rol de abogado del diablo de la Organización. Pero ¿a qué se debe la postura saudita?

Responder a esta pregunta es relativamente sencillo. Aceptar la interpretación es menos fácil o al menos bastante comprometedor, porque involucra concepciones y posiciones principistas e ideológicas.

Quizás convendría hacer un poco de memoria para constatar que la decisión reciente de Arabia Saudita no es sino un paso más dentro de su trayectoria comprobable: desde los comienzos de los años sesenta, Arabia Saudita siempre se ha opuesto a un programa de prorrateo de la producción; una vez alejado Abdullah Al-Tariki del Ministerio de Petróleo y obligado a exilarse, la política petrolera saudita se ha caracterizado por permitirle a la ARAMCO aumentar la producción, obligando a otros países miembros de la OPEP a participar en una carrera de producción que permitió el estancamiento de los precios por casi una década: Siendo el país miembro con las reservas probadas más grandes, Arabia Saudita confió a la ARAMCO toda esa riqueza dejando a su empresa estatal (PETROMIN) en un lugar completamente insignificante. A la hora en que los países miembros más avanzados dentro de la OPEP luchaban por la nacionalización de la industria petrolera, Arabia Saudita abogó fuertemente por la fórmula de la participación; la relación con las petroleras transnacionales fue ele-

vada por Arabia Saudita a un nivel de asociación indisoluble caracterizado por Yamani como un matrimonio católico. Sin embargo, no son éstas todas las acciones sauditas indicadoras de su rol en la etapa actual.

Es evidente que en el Medio Oriente el conflicto árabe-israelí ejerce una función aceleradora en cuanto al movimiento de liberación nacional árabe. Ese enfrentamiento ha contribuido al esclarecimiento de las posiciones de los diferentes regímenes, gobiernos, grupos y clases. Paulatinamente ha quedado al descubierto que la lucha tiene dimensiones que desbordan los límites de la discordia étnica y de la diferencia confesional. Demostró igualmente que la solidaridad interna del Mundo Árabe puede funcionar por breves intervalos, mientras que el resto del tiempo reina la natural y lógica lucha de clases contra la cual el ARABISMO no ofrece antídoto confiable alguno.

La monarquía saudita como principal beneficiaria de la riqueza petrolera de ese país se ha visto obligada a defender sus intereses y posiciones ante los evidentes avances del movimiento liberador árabe. Los enemigos declarados de ese movimiento han sido señalados por el mismo sin vacilación: el imperialismo, el sionismo y la reacción árabe. El temor saudita no fue por los slogans de la revolución árabe, sino por las acciones de la misma. Desde la revolución egipcia de 1952, el Mundo Árabe ha sido el escenario de transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que no viene al caso detallar aquí. Pero lo cierto para la familia real saudita es que han caído tronos, desaparecido monarquías y rodado cabezas que no dejan lugar a dudas de que también para ella habría una "hora cero". La aniquilación de la familia real Hashimita en Irak, el asesinato del Rey Abdulah en Jordania y el derrocamiento de la mo-



Arabia Saudita teme la revolución árabe

Cuando en el Mundo Árabe las cosas andan según los deseos de Washington, poco éxito encontrará la OPEP en sus Conferencias



narquía en Yemen son antecedentes demasiado evidentes como para no buscar las fórmulas más acertadas que pudieran detener la marcha del tiempo y de la historia. Y es aquí donde surge la "tragedia" saudita: ansiosa de perpetuarse en el poder busca y encuentra la alianza con los Estados Unidos, pero simultáneamente esta alianza alimenta la revolución árabe con una mayor determinación de lucha contra la reacción árabe, aliada del imperialismo y este último creador del ente sionista en Palestina.

Podría resumirse entonces la visión saudita en los siguientes términos: si pudiera Washington presionar sobre Israel para que este hiciera aparecer a Arabia Saudita como exitosa y eficaz ante los ojos de los árabes en general, entonces los revolucionarios árabes tendrían menos credibilidad para los árabes y sus métodos no tendrían el apoyo que Arabia Saudita teme justificadamente. De lo contrario, es decir, si los Estados Unidos no actúan para persuadir a Israel, la desesperación podría superar la paciencia oriental y uno de los posibles blancos de la revolución sería la monarquía saudita.

Legítimos como son desde el punto de vista saudita oficial, estos deseos contrastan con los cálculos de Washington y por lo tanto no encuentran una aplicación súbita.

Ciertamente los Estados Unidos se benefician de la decisión saudita en Qatar. No sólo porque podrían obtener parte de sus importaciones de Estado a Estado a precios más baratos, y no sólo porque las petroleras transnacionales que operan en Arabia Saudita y que son norteamericanas pagarían el petróleo saudita más barato para venderlo en Europa y Japón al nivel general y más alto de la OPEP, obteniendo cuantiosas ganancias extras, sino también porque con la postura sau-

ditada en Doha, Washington obtuvo un éxito de un valor incalculable al demostrar al Tercer Mundo (y por supuesto a la OPEP también) que la cooperación con Occidente es la vía que evita los fiascos. Igualmente logró un éxito ante sus aliados en la OTAN y la OCDE, lo cual le facilitará una obediencia más ciega en el seno de la AIE. El liderazgo de Washington en el Diálogo Norte-Sur será más evidente y las perspectivas del Tercer Mundo de alcanzar un Nuevo Orden Económico Internacional se vuelven más irreales.

Siendo estas las condiciones generales que rodean la gestión de Estados Unidos, ¿qué motivo tendría Washington para debilitar sus posiciones en el Medio Oriente? Los territorios árabes en manos de Israel no significan para Estados Unidos un beneficio económico, pero sí han significado que tanto Egipto como Siria (amén de Jordania) hayan limitado sus exigencias a que le sean devueltas sus tierras ocupadas por Israel, dejando en un plano completamente secundario los derechos de los árabes palestinos en la totalidad ocupada: Palestina. Ello significa que los principales países fronterizos de Israel, ante su incapacidad de liberar a Palestina, aceptan reconocer la entidad sionista contra la cual lucharon durante tanto tiempo y reclaman la sola devolución de "sus" territorios ocupados. En otras palabras, el éxito militar israelí en la guerra de junio de 1967 está logrando ahora que el problema palestino sea resuelto en los términos que el imperialismo diseñó desde el comienzo: un Estado aliado sin reservas con una población ajena a la región y un territorio que sirve de base militar de primera categoría. Visto así, la decisión saudita en Qatar viene siendo un paso más en la marcha hacia atrás que el mundo está atestiguando en importantes partes del Mundo Árabe desde octubre de 1973. Egipto ha puesto su confianza en Estados

Unidos y ha llevado sus relaciones con la URSS a niveles insuficientes de cooperación; desde 1968, el volumen de intercambio comercial entre Egipto y EE.UU. ha crecido diez veces y actualmente EE.UU. es el principal cliente en las importaciones egipcias. Arabia Saudita logró en la OPAEP durante la guerra de octubre de 1973 que todo Occidente sintiera por igual las consecuencias de las decisiones petroleras árabes en cuanto a disminución de la producción, hecho por el cual Washington pudo consolidar el frente de los consumidores bajo su liderazgo. Siria ha aceptado igualmente la "mediación" norteamericana y sus nexos con Washington adquieren solidez continuamente. Y no es secreto alguno que tanto Egipto como Siria reciben ayudas, créditos e inversiones muy importantes no sólo de Arabia Saudita, los Emiratos Arabes Unidos, Kuwait y Qatar, sino también de los Estados Unidos. Todo ello representa un nivel de cooperación y hasta una coordinación que sólo es posible en tiempos de paz; y esta "paz" hizo necesario, masacrar las fuerzas progresistas en el Líbano, "obra" que acabó de cumplirse pocos días antes de reunirse los Ministros de los países de la OPEP.

En esas condiciones, la OPEP no iba a lograr más de lo que obtuvo. No hacía falta esperar que hubiera una reunión del Diálogo Norte-Sur, ni había por qué esperar que Carter asumiera la presidencia. Cuando en el Mundo Árabe las cosas andan según los deseos de Washington, poco éxito puede encontrar la OPEP en sus Conferencias. Sin embargo, no sólo los países que componen el Mundo Árabe determinan las condiciones del mismo: allá hay posiciones diferentes y depende de cada quién apoyar una posición y otra. No es un asunto ajeno ya como estamos viendo; lo que ocurre allí "repercute y directamente".